

**4 de octubre de 2026 – 27.º Domingo del Tiempo
Ordinario (Ciclo A)**

Is 5,1–7; Flp 4,6–9; Mt 21,33–43

INTRODUCCIÓN

Una vez, un niño plantó una pequeña vid junto con su abuelo. Cada mañana corría al jardín para ver si había crecido. Un día se sintió frustrado y dijo: «¡No está pasando nada!». El abuelo sonrió y le respondió: «Las raíces crecen en silencio antes de que aparezcan los frutos». Años más tarde, aquella vid cubría todo el jardín y producía racimos de uvas dulces.

Las lecturas de hoy nos hablan de la viña de Dios, del amoroso cuidado con que el Señor cultiva nuestras vidas y de los frutos que espera encontrar en nosotros. Por medio del profeta Isaías, de Jesús y de san Pablo, se nos recuerda que Dios nunca deja de invertir en nosotros, incluso cuando lo decepcionamos.

También se nos invita a examinar con sinceridad los frutos que está produciendo nuestra vida: ¿son frutos de bondad, justicia, gratitud y paz, o son uvas agrias de egoísmo,

resentimiento e indiferencia?

Al comenzar esta Eucaristía, abramos la viña de nuestro corazón al Señor, que es el único que puede sanar, podar, renovar y hacernos fecundos. Reconozcamos nuestros pecados y pidamos su misericordia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres el viñador fiel que nunca abandona su viña: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú eres la piedra rechazada que llegó a ser la piedra angular de nuestra salvación: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú llenas de paz los corazones angustiados con una paz que supera toda comprensión: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que cuida con paciencia la viña de nuestra vida y nos llama una vez más a dar frutos de amor y santidad, tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Dios no ha abandonado su viña, sino que continúa bendiciéndonos con su misericordia, esperanza y paz, elevemos ahora nuestras voces en alabanza y cantemos juntos:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu amor inagotable cuidas la viña de tu pueblo y, por medio de tu Hijo, la piedra rechazada convertida en piedra angular, nos llamas a dar frutos de justicia, paz y santidad; concédenos que, confiando en tu providencia y presentando ante ti todas nuestras preocupaciones en la oración, crezcamos cada día más fieles en tu servicio y más fecundos en las obras del amor.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Un turista visitó una antigua aldea europea famosa por sus viñedos. Mientras caminaba por sus estrechas calles, observó a un anciano sentado junto a un viejo muro de piedra, reparándolo pacientemente. Algunas piedras eran lisas y hermosas; otras estaban agrietadas, eran ásperas y de formas extrañas.

Movido por la curiosidad, el turista preguntó:

—¿Por qué conserva las piedras rotas? ¿Por qué no las tira y construye con piedras nuevas?

El anciano sonrió, levantó una de aquellas piedras rechazadas y respondió:

—Porque a veces la piedra que parece inútil es precisamente la que sostiene todo el muro.

Luego añadió suavemente:

—Y con las personas sucede muchas veces lo mismo.

Esta pequeña escena resume el mensaje central de las lecturas de hoy.

El profeta Isaías entona lo que comienza como una

canción de amor, pero que poco a poco se transforma en un lamento. Dios aparece como el dueño de una viña que no escatimó esfuerzo alguno para cuidarla. Preparó la tierra, quitó las piedras, plantó las mejores cepas, construyó una torre de vigilancia y cavó un lagar. Hizo todo lo posible para que la viña produjera uvas dulces. Sin embargo, produjo solamente uvas agrias.

Al principio, los oyentes de Isaías estaban encantados. Durante las alegres fiestas de la cosecha en Jerusalén esperaban escuchar una canción agradable sobre el amor y el vino. Pero, de repente, Isaías les puso un espejo delante.

La viña no era simplemente una viña.

La viña era Israel.

Dios había entregado todo a su pueblo, pero en lugar de justicia encontró violencia; en lugar de rectitud escuchó gritos de sufrimiento.

Jesús retoma esta misma imagen en el Evangelio de hoy y la lleva aún más lejos. El dueño de la viña envía un siervo tras otro para recoger los frutos, pero los viñadores los

golpean, los apedrean y los matan. Finalmente envía a su propio hijo.

«Respetarán a mi hijo», piensa.

Pero los viñadores lo arrojan fuera de la viña y lo matan.

Jesús está hablando de sí mismo.

Él es el Hijo amado que pronto sería llevado fuera de las murallas de Jerusalén para ser crucificado.

Él es la piedra rechazada que se convirtió en piedra angular.

La tragedia tanto en Isaías como en el Evangelio no es que Dios haya dejado de amar.

La tragedia es que las personas no respondieron a ese amor.

Y, sin embargo, incluso en estas lecturas tan exigentes, hay algo asombroso acerca de Dios:

Dios nunca deja de invertir en su viña.

Una y otra vez, a lo largo de toda la historia de la salvación, Dios continúa acercándose a nosotros. Envía profetas. Envía a su Hijo. Envía al Espíritu Santo.

Incluso después del rechazo, Dios no abandona a la humanidad.

Una hermosa reflexión inglesa expresa esta pregunta: «¿Qué más podía hacer por mi viña que no haya hecho ya?»

Esa pregunta debería resonar hoy en cada corazón.

Dios podría preguntarnos personalmente:

«Te di la vida. Te di la fe. Te di personas que te amaron. Te di oportunidades para comenzar de nuevo. Te di a mi Hijo en la Eucaristía. ¿Qué más podía haber hecho por ti?»

Y quizá la parte más incómoda es que muchas veces la viña sigue produciendo uvas agrias.

Lo vemos en la sociedad.

Vivimos en un mundo lleno de tecnología y riqueza, pero también lleno de soledad, ansiedad, violencia, explotación y división.

Las advertencias de Isaías suenan sorprendentemente actuales: la codicia que acumula todo a costa de los

pobres, el entretenimiento sin medida que adormece el alma, llamar bueno a lo malo y malo a lo bueno.

Pero antes de señalar a la sociedad, el Evangelio de hoy nos invita a mirar nuestro propio corazón.

¿Qué clase de frutos está produciendo mi vida?

¿Estoy produciendo los frutos que Dios desea ver: amor, paciencia, misericordia, integridad, pureza, bondad y generosidad?

¿O han ocupado el lugar principal el resentimiento, el egoísmo, la amargura, las adicciones, la indiferencia y la ansiedad?

San Pablo, en la segunda lectura, nos ofrece un camino para avanzar.

Es impresionante que escriba estas palabras desde la prisión.

No sabe si vivirá o morirá, y aun así escribe:

«No se inquieten por nada».

A primera vista parece imposible.

Muchas personas hoy viven agotadas por las

preocupaciones. Algunas intentan ahogar sus angustias en el alcohol, el entretenimiento, el ruido constante, el exceso de trabajo o las distracciones permanentes. Otras cargan silenciosamente temores relacionados con la familia, la salud, la soledad, la economía o el futuro. Pablo no niega estas luchas. Más bien nos dice qué hacer con ellas: «Presenten sus necesidades a Dios mediante toda clase de oraciones y súplicas, acompañadas de acción de gracias». Fijémonos en el realismo de Pablo. No dice: «Finjan que sus preocupaciones no existen». Dice: «Llévenlas a Dios». Lévenlas en toda circunstancia. Lévenlas con perseverancia. Lévenlas con sinceridad. Lévenlas con confianza.

Llévenlas con gratitud.

Eso lo cambia todo.

Hay una hermosa historia acerca de una mujer que se quejaba constantemente de sus hijos adolescentes.

—Nunca me hablan con cariño —decía—. Me tratan como si fuera una sirvienta.

De pronto se detuvo y añadió:

—Bueno... hace unas semanas mi hijo sí me dijo algo amable.

El sacerdote que la escuchaba respondió:

—Entonces empieza por ahí. Dale gracias a Dios por ese momento.

Esa es precisamente la sabiduría de san Pablo.

La gratitud transforma el corazón.

Si nos concentramos únicamente en lo que está mal, poco a poco nuestro corazón se vuelve amargo.

Pero cuando aprendemos a reconocer deliberadamente lo que es verdadero, noble, puro, amable y digno de alabanza, algo cambia dentro de nosotros.

Pablo dice:

«Llenen su mente de todo lo que es verdadero, noble, justo, puro y digno de alabanza».

Qué diferente es esto del espíritu de nuestro tiempo.

Los medios de comunicación prosperan alimentando la indignación.

Las redes sociales amplifican la ira.

Las conversaciones suelen girar alrededor de las críticas y la negatividad.

Sin embargo, Pablo invita a los cristianos a educar la mente de otra manera.

Un maestro corregía los exámenes de una forma muy particular. Cada vez que encontraba una respuesta especialmente buena, escribía junto a ella, con letras grandes:

«¡MUY BIEN!»

Los alumnos nunca lo olvidaron.

La mayoría de los profesores marcaban únicamente los errores.

Pero este maestro se esforzaba por destacar lo que estaba bien.

Así es como Dios actúa con nosotros.

Sí, Dios ve claramente nuestros pecados.

Pero también ve el bien escondido, los pequeños actos de amor, los sacrificios silenciosos, las bondades que nadie nota y la fe que sigue luchando por confiar.

San Pablo dice que un día cada persona «recibirá la alabanza de Dios».

Imaginen eso.

Dios mismo reconociendo el bien que hay en nosotros.

Por eso Jesús nunca se rindió ante los pecadores.

Veía más allá del fracaso.

Veía lo que la gracia todavía podía realizar.

Y esto da esperanza a todos los que alguna vez nos sentimos como piedras rechazadas.

Quizá alguien aquí se siente descartado, ignorado o decepcionado de sí mismo.

Quizá sientes que tu vida no ha producido los frutos que

esperabas.

Quizá llevas dentro arrepentimientos y heridas.

El Evangelio de hoy nos dice:

La piedra rechazada puede convertirse en piedra angular.

Dios es experto en reconstruir vidas.

Puede sacar fecundidad del fracaso.

Puede sacar paz de la ansiedad.

Puede sacar esperanza de la decepción.

Puede transformar a personas heridas en instrumentos de gracia.

Pero para que eso suceda, debemos permitirle entrar en la viña.

Debemos dejar de resistirnos al dueño.

Debemos dejar de actuar como si la viña nos perteneciera únicamente a nosotros.

Debemos permitir que Cristo nos padece, nos sane y nos renueve.

Y la maravillosa promesa es esta:

Cuando comenzamos a entregar a Dios nuestras

preocupaciones, heridas y fracasos, Pablo afirma que «la paz de Dios, que supera todo entendimiento, custodiará nuestros corazones».

No necesariamente desaparecerán todos los problemas.

Pero sí recibiremos una paz profunda en medio de ellos.

Una paz que el mundo no puede explicar.

Hay una última imagen que vale la pena conservar en el corazón.

En un antiguo monasterio había una viña que sufrió enormemente después de una fuerte tormenta. Las ramas quedaron rotas, algunas cepas fueron arrancadas y las piedras quedaron esparcidas por todas partes.

Un joven monje contempló los daños y dijo al anciano jardinero:

—Nunca volverá a recuperarse.

El anciano se inclinó, tomó una cepa dañada y respondió:

—No juzgues la viña demasiado pronto. Las raíces todavía están vivas.

Ese es el mensaje de hoy.

A veces la viña de nuestra vida parece dañada.
A veces la Iglesia parece herida.
A veces el mundo parece estéril y sin esperanza.
Pero las raíces siguen vivas.
Porque Cristo está vivo.
La piedra rechazada se ha convertido en piedra angular.
El Señor sigue caminando por su viña.
El Señor sigue cerca.
Y Dios nunca deja de trabajar pacientemente para que
nuestra vida produzca fruto.
Por eso, hoy pidamos tres gracias:
La gracia de reconocer todo lo que Dios ha hecho por
nosotros.
La gracia de producir los frutos que Dios espera.
Y la gracia de confiar en que incluso las piedras
rechazadas pueden convertirse en piedras angulares en
las manos de Dios.
Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos en la fe de la Iglesia y confiando en el Dios que
nunca deja de trabajar en la viña de nuestra vida,
profesemos ahora nuestra fe.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio,
ofrecido con corazones agradecidos y una oración
confiada, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, te rogamos,
los dones que traemos ante ti desde la viña de nuestra
vida;
y así como transformas el pan y el vino en el misterio
salvador de Cristo,
transforma también nuestros corazones,
para que demos frutos agradables a tus ojos:
frutos de paz, gratitud, justicia y amor.
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque nos creaste por amor
y nos plantaste como tu viña en el mundo,
confiándonos los dones de la vida, de la fe y de la gracia.
Y una y otra vez, cuando nos apartamos de tus caminos,
nos llamaste de nuevo por medio de los profetas
y, al llegar la plenitud de los tiempos, nos enviaste a tu
Hijo amado.
Aunque fue rechazado por manos humanas,
se convirtió en la piedra angular de nuestra salvación,
llevando paz a los corazones angustiados
y esperanza a todos los que te buscan con confianza.
Por medio de él continúas derramando tu Espíritu sobre tu
pueblo, para que nuestras vidas produzcan frutos de
santidad, justicia, misericordia y amor.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confianto en el Padre que cuida amorosamente la viña de
nuestra vida y concede su paz a quienes ponen sus
preocupaciones en sus manos, oremos con confianza:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente de la amargura, la ansiedad y el egoísmo
que nos impiden dar buenos frutos;
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú eres la piedra angular que une lo que está roto
y la fuente de esa paz que supera toda comprensión;
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de
los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
el Hijo amado enviado a la viña del mundo para nuestra
salvación. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
una vez más has entrado en la viña de nuestro corazón.
Donde haya amargura, planta amor.
Donde haya miedo, planta confianza.
Donde haya ansiedad, planta paz.

Donde haya vacío, planta esperanza.
Haz fecunda nuestra vida con tu presencia,
para que otros puedan gustar en nosotros
la dulzura de tu gracia y de tu misericordia. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este sacramento celestial, Señor,
nos fortalezca en la fe y en la paz,
para que, alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu
Hijo, lleguemos a ser ramas fecundas de tu viña
y testigos de tu amor en el mundo.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que cuida con paciencia la viña de tu vida,
llene tu corazón de paz, te haga fecundo en toda buena
obra y te fortalezca para vivir en la verdad, la gratitud y el
amor. Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con los frutos de su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La piedra que desecharon los constructores ha llegado a ser la piedra angular.» Ninguna vida está fuera del alcance del poder renovador de Dios. Si ponemos en sus manos nuestras preocupaciones, heridas y fracasos, él todavía puede hacer que nuestra vida produzca frutos hermosos.

5 de octubre de 2026 – Lunes de la 27.^a Semana del Tiempo Ordinario: Gal 1,6–12; Lc 10,25–37

La compasión que cruza fronteras da vida.

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, un viajero se desplomó en un andén de tren abarrotado durante la hora punta de la mañana. Muchos lo vieron, pero la mayoría siguió su camino, suponiendo que otra persona lo ayudaría. Fue un joven empleado de limpieza, casi ignorado por todos, quien se detuvo, permaneció a su lado y ayudó a salvarle la vida. Más tarde simplemente dijo: «Necesitaba a alguien».

Con frecuencia esperamos que la compasión venga de personas importantes, poderosas o especialmente capacitadas. Sin embargo, el Evangelio nos recuerda que la misericordia de Dios aparece muchas veces a través de personas sencillas que están dispuestas a detenerse, darse cuenta y cuidar.

Hoy Jesús nos enseña que la vida eterna no se encuentra solamente en teorías, sino en hacernos prójimos de quienes están necesitados. La compasión que cruza

fronteras da vida: al herido y también a quien ama.

Pero también debemos reconocer que algunas veces hemos pasado de largo por indiferencia, miedo, egoísmo o prejuicio. Por eso, con corazón humilde, reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor su misericordia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos enseñas a mirar el sufrimiento de los demás con corazones movidos por la compasión:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú cruzaste toda frontera para sanar, perdonar y devolver la vida: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a ir y hacer nosotros lo mismo en el amor y la misericordia: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama a hacernos prójimos unos de otros mediante la compasión y la misericordia, nos perdone por las veces que hemos pasado de largo ante quienes estaban necesitados, sane la dureza de nuestro corazón, nos fortalezca para amar sin fronteras y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que por medio de tu Hijo revelaste tu misericordia a través de una compasión que devuelve la vida, enséñanos a reconocer a nuestro prójimo en cada persona que encontramos y haznos generosos para atender las heridas de quienes sufren, de modo que tu Evangelio se haga visible por medio de nuestras vidas.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Hay un movimiento silencioso pero sorprendente en el Evangelio de hoy. Comienza con una pregunta: «¿Qué debo hacer?». Y termina con un mandato: «Ve y haz tú lo mismo». Entre esos dos momentos se encuentra una historia que cambia completamente la perspectiva, no porque redefina quién es mi prójimo, sino porque revela lo que significa hacerse prójimo.

El samaritano de la parábola realiza algo muy sencillo y, al mismo tiempo, muy exigente: se da cuenta. Otros vieron al hombre herido, pero en realidad no lo vieron de verdad. Su mirada se quedó en la superficie. La mirada del samaritano fue más profunda; permitió que aquella situación lo interpelara, lo interrumpiera y lo conmoviera. La compasión, en el Evangelio, no es un sentimiento vago; es una respuesta que nace en el corazón y se convierte en acción.

Y qué acción tan concreta llega a ser. Se acerca, cura las heridas, lo levanta, lo carga, lo cuida, paga por él y promete regresar. Cada gesto parece pequeño por sí mismo, pero juntos devuelven la vida. El hombre que había quedado medio muerto vuelve a vivir porque alguien permitió que la compasión tuviera un costo.

Lo más desafiante quizá sea la identidad de este hombre compasivo. No es el sacerdote ni el levita, sino un samaritano: un extranjero e incluso un enemigo a los ojos de muchos. Jesús coloca deliberadamente la compasión en manos inesperadas. Es como si nos dijera: no limites

los lugares donde Dios puede hacerse presente. No supongas quién será portador de su gracia.

También podemos reconocernos no solo en el samaritano, sino en el viajero herido. Hay momentos en que nosotros mismos quedamos al borde del camino: agotados física, emocional o espiritualmente. Y muchas veces la ayuda llega de quienes menos esperamos. Alguien a quien juzgamos mal o alguien a quien apenas habíamos notado se convierte en instrumento de sanación. En esos momentos, la presencia de Dios nos alcanza de maneras sorprendentes.

La parábola también pone al descubierto una tentación que llevamos dentro: el deseo de trazar límites. «¿Quién es mi prójimo?», preguntamos, esperando quizá definir hasta dónde llega nuestra responsabilidad. Pero Jesús cambia completamente la pregunta. El verdadero asunto no es a quién debemos incluir, sino si estamos dispuestos a convertirnos en personas que no excluyen a nadie.

San Pablo, en la primera lectura de hoy, advierte contra el peligro de apartarse del verdadero Evangelio. Y aquí

encontramos su corazón más profundo: el Evangelio no es una idea abstracta. Se encarna en una compasión que cruza fronteras, que se niega a pasar de largo y que da vida.

Ir y hacer lo mismo no exige gestos grandiosos. Comienza con la atención, con aprender a mirar como Jesús mira.

Crece a través de pequeñas acciones fieles: tiempo ofrecido, heridas atendidas, cargas compartidas. Estos son los caminos ordinarios por los que la vida eterna empieza a echar raíces entre nosotros.

Se cuenta la historia de una anciana que tropezó en una calle tranquila y cayó al suelo sin poder levantarse. Varias personas pasaron junto a ella sin detenerse. Finalmente, una joven madre que llevaba prisa con sus hijos se acercó, la ayudó a levantarse y permaneció con ella hasta asegurarse de que estaba bien. Cuando la mujer mayor le agradeció por detenerse, la joven respondió: «Hoy cualquiera habría podido ser usted o yo». Aquella sencilla respuesta reflejaba el corazón mismo de la compasión.

Esa es la invitación del Evangelio: no calcular, sino

responder; no preguntarnos quién merece nuestro cuidado, sino hacernos prójimos allí donde encontramos una necesidad. Porque en esos momentos, la compasión que cruza fronteras se convierte en el lugar donde Dios da vida y donde la vida eterna comienza silenciosamente.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio se convierta en una ofrenda de compasión y misericordia, mientras aprendemos a cuidarnos unos a otros sin contar el costo, y para que sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor,
los dones que colocamos sobre tu altar,
y por medio de esta sagrada ofrenda
enséñanos a ser prójimos fieles de todos los que sufren,
para que, renovados por tu misericordia,
llevemos sanación, paz y esperanza al mundo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo Jesucristo
nos revelaste la plenitud de tu misericordia.

Él se acercó a los heridos y a los olvidados,
sanó a los quebrantados, levantó a los caídos
y nos enseñó que la verdadera grandeza
se encuentra en el amor compasivo.

Por medio de la parábola del Buen Samaritano,
llamas a tu pueblo a cruzar las fronteras del miedo y del
prejuicio, a reconocerse mutuamente como prójimos
y a convertirse en signos de tu presencia sanadora en el
mundo. Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseña no solo a llamar Padre a Dios, sino
también a reconocernos unos a otros como prójimos y
hermanos necesitados. Confiando en el Padre cuya
misericordia no conoce fronteras, oremos juntos con las
palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y líbranos también de la
indiferencia que pasa de largo ante el sufrimiento de los
demás. Concédenos la paz en nuestros días, para que,
ayudados por tu misericordia, sepamos hacernos prójimos
de todos los necesitados y vivamos siempre como testigos
de tu compasión, mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos enseñaste con tu propio ejemplo a
cruzar fronteras con amor y misericordia,
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu
voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios; este es quien sana a los heridos y devuelve la vida por medio de su misericordia.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El samaritano no preguntó si el hombre herido merecía ayuda. Simplemente se detuvo, se acercó y dio vida mediante la compasión. En esta Eucaristía, Cristo se ha acercado a nosotros. Ha curado nuestras heridas, fortalecido nuestra debilidad y nos ha llenado con su misericordia. Ahora nos envía para que seamos prójimos en un mundo herido: para darnos cuenta, cuidar y amar sin fronteras.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este misterio celestial, Señor, renueve nuestra mente y nuestro corazón, para que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, lleguemos a ser instrumentos de compasión y sanación para todos los que están heridos en su cuerpo, en su mente o en su espíritu. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con ojos que sepan ver verdaderamente el sufrimiento de los demás, con corazones llenos de compasión y con manos dispuestas a llevar sanación y esperanza. Amén.

Que Cristo Jesús les enseñe a cruzar toda barrera de miedo, prejuicio e indiferencia, para que, por medio de sus vidas, otros puedan encontrar la misericordia de Dios. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al hacerse prójimos de todos mediante la compasión y la misericordia.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La compasión comienza cuando realmente nos damos cuenta de la presencia del otro.

Cada gesto de misericordia que cruza fronteras se convierte en un lugar donde Dios da vida.

6 de octubre de 2026 – Martes de la 27.^a Semana del Tiempo Ordinario

Gal 1,13–24; Lc 10,38–42

La hospitalidad que Dios desea es un corazón que sabe escuchar.

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un joven seminarista que visitó a un sacerdote anciano conocido por su sabiduría. Deseoso de impresionarlo, llegó con cuadernos llenos de preguntas. Apenas se sentó, comenzó a formularlas una tras otra: sobre la oración, la predicación y la teología. El anciano sacerdote lo escuchó en silencio durante un momento; luego, con suavidad, empezó a servirle té en la taza... y siguió vertiéndolo hasta que se desbordó. Sorprendido, el seminarista exclamó: “¡Padre, ya está llena!”. El sacerdote sonrió y respondió: “Tú también lo estás. Vuelve cuando estés dispuesto a escuchar”.

Vivimos en un mundo que recompensa el hacer, el producir y el lograr. Incluso nuestras relaciones pueden convertirse en proyectos que administrar en lugar de

espacios de encuentro. Podemos llegar a estar tan llenos —de planes, preocupaciones y palabras— que queda muy poco espacio para recibir verdaderamente a otra persona. Lo mismo puede suceder en nuestra relación con Dios. Llegamos a la oración con muchas palabras, muchas intenciones y muchas preocupaciones. Sin embargo, con frecuencia Dios no desea ante todo nuestra actividad, sino nuestra apertura; no primero nuestro trabajo, sino un corazón dispuesto a escuchar.

Al reunirnos para esta Eucaristía, reconozcamos las veces en que hemos estado distraídos, ansiosos, impacientes y poco atentos a la voz de Dios y a las necesidades de los demás. Pidamos al Señor que libere nuestro corazón para que podamos escuchar más profundamente y celebrar dignamente estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a sentarnos a tus pies y escucharte con corazones confiados: Señor, ten piedad. Cristo Jesús, tú nos enseñas que un corazón ansioso no puede recibir plenamente tu paz: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos invitas a servir con alegría que brota de una atención orante: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos estado demasiado distraídos para escuchar su voz, demasiado preocupados para reconocer su presencia y demasiado ocupados para escucharnos unos a otros con amor, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos enseñas que la mejor parte es permanecer cerca de tu Hijo con el corazón abierto a su palabra, concédenos que, en medio de las ocupaciones y distracciones de la vida, aprendamos a escuchar atentamente tu voz y a servirte con corazones serenos y generosos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una mujer contó que, después de un día largo y agotador, llegó a casa cargada de preocupaciones y completamente abrumada. No necesitaba soluciones ni consejos; simplemente necesitaba que alguien la escuchara. Pero mientras hablaba, su amiga la interrumpía constantemente, ofreciendo sugerencias, intentando resolver los problemas y diciéndole qué debía hacer. Finalmente, ella dijo: “No necesito que soluciones esto. Solo necesito que me escuches”. En aquel momento, la amiga comprendió que la presencia puede sanar más que la acción.

En el Evangelio de hoy, Marta y María ofrecen dos formas diferentes de hospitalidad a Jesús. Marta ofrece la hospitalidad de la actividad: está ocupada, es generosa y práctica. María ofrece la hospitalidad de la presencia: se sienta a los pies del Señor y lo escucha. Ambas formas son buenas, pero en esta ocasión Jesús deja claro cuál es la que más desea.

Es fácil identificarse con Marta. Ella hace lo que muchos de nosotros haríamos: intentar que todo salga bien y asegurarse de que el huésped sea bien atendido. Sin

embargo, su servicio se vuelve ansioso e incluso resentido. Sus palabras dirigidas a Jesús revelan su frustración: “Señor, ¿no te importa...?”. La actividad, cuando se desconecta de la atención y de la escucha, puede transformarse rápidamente en agitación.

María, por el contrario, reconoce algo esencial: Jesús no ha venido principalmente para ser servido, sino para hablar, para dar, para alimentar y para revelar. Ella elige recibir. Asume la actitud de una discípula, sentada a sus pies y escuchando con apertura. Comprende que, a veces, el mayor acto de hospitalidad consiste simplemente en estar presente.

Esta es la sabiduría que también encontramos en el libro del Eclesiastés: hay un tiempo para todo; un tiempo para actuar y un tiempo para permanecer en silencio, un tiempo para hablar y un tiempo para escuchar. El desafío no consiste en elegir una cosa y rechazar la otra para siempre, sino en discernir qué es lo que se necesita en cada momento. El error de Marta no fue servir, sino no reconocer el momento que estaba viviendo.

La misma tensión atraviesa nuestras propias vidas. Con

frecuencia estamos ocupados, incluso en cosas buenas y santas. Servimos, ayudamos y nos entregamos. Pero, si no tenemos cuidado, nuestra actividad puede desplazar nuestra capacidad de escuchar. Podemos llegar a estar tan concentrados en hacer cosas para Dios que olvidamos estar con Dios.

San Pablo, en la primera lectura, reflexiona sobre su propia transformación. Después de su encuentro extraordinario con Cristo, no se lanzó inmediatamente a la acción. Hubo un tiempo de retiro, de escucha y de formación bajo la acción de la gracia. Su misión nació de ese encuentro. Como María, primero recibió antes de dar.

La auténtica vida cristiana siempre mantiene unidas estas dos dimensiones: contemplación y acción, escucha y servicio. El problema no es que seamos activos, sino que muchas veces actuamos sin haber escuchado primero. Cuando escuchamos al Señor, nuestro servicio se vuelve menos ansioso, más alegre y más acorde con lo que realmente se necesita.

También en nuestras relaciones este Evangelio nos interpela. ¿Cuántas veces ofrecemos a las personas lo que

creemos que necesitan en lugar de lo que realmente nos están pidiendo? A veces, lo más amoroso que podemos dar no son consejos ni soluciones, sino un corazón que escucha. Hay una última historia acerca de una enfermera que trabajaba en cuidados paliativos. Ella decía que, al final de la vida, las personas rara vez pedían más tratamientos o más explicaciones. Lo que más deseaban era que alguien se sentara a su lado, les tomara la mano, las escuchara y simplemente estuviera allí. “Al final”, decía ella, “lo que más importa es la presencia”.

María eligió esa presencia. Eligió lo que Jesús llama “la mejor parte”, no porque el servicio sea poco importante, sino porque la escucha es la fuente de la que brota todo servicio auténtico. Hoy el Señor nos invita a tomar la misma decisión: hacer espacio, guardar silencio y escuchar, porque la hospitalidad que Dios desea es un corazón que sabe escuchar.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, mediante estos dones que ofrecemos y mediante corazones atentos a la voz del Señor, nuestro sacrificio y nuestra vida sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que presentamos ante ti y enséñanos, por medio de este santo sacrificio, que el verdadero servicio comienza escuchando a tu Hijo. Líbranos de las distracciones ansiosas y haz de nuestra vida una ofrenda gozosa que te agrade. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro. Porque, en tu sabiduría, nos enseñas que la hospitalidad

más profunda no se encuentra solamente en la actividad exterior, sino en corazones atentos a tu presencia.

En tu Hijo, que fue recibido en la casa de Marta y María, nos revelas que quienes escuchan tu palabra reciben un tesoro que nunca se marchita.

Por medio de él nos llamas a mantener el equilibrio entre el servicio y la contemplación, entre la acción y la oración, para que todo lo que hagamos brote de la comunión contigo.

En Cristo reúnes a tu pueblo para sentarse a los pies del Maestro y alimentarse con la palabra de vida.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con confianza al Padre que siempre escucha a sus hijos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente de la inquietud y de las distracciones
que nos impiden escuchar tu voz.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres del pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú enseñaste a tus discípulos a encontrar la paz no en la actividad ansiosa, sino permaneciendo cerca de ti y escuchando tu palabra.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu voluntad concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que habla palabras de vida eterna
a todos los que escuchan con corazón abierto.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, en esta Eucaristía te has acercado a nosotros
no solo para ser servido,
sino para alimentarnos con tu presencia y tu palabra.

Enséñanos a permanecer en silencio ante ti,
a escuchar sin distracciones

y a llevar tu paz a nuestros hogares, a nuestro trabajo y a nuestras relaciones.

Que nuestro servicio brote de la oración,
nuestras palabras de corazones atentos,
y nuestra vida de la comunión contigo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la participación en este sacramento, Señor, nos enseñe a buscar por encima de todo la presencia de tu Hijo y a escuchar fielmente su palabra. Concédenos que, fortalecidos con este alimento celestial, te sirvamos a ti y a nuestros hermanos con corazones serenos y generosos.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones atentos a su voz.
Amén.

Que los libre de las distracciones y preocupaciones innecesarias y los llene de la paz que nace de permanecer cerca de él. Amén.

Que el servicio que presten a los demás
brote siempre de la oración, del amor y de una escucha gozosa. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor escuchando su palabra y sirviéndose unos a otros con corazones llenos de amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“La hospitalidad que Dios desea no son, ante todo, unas manos siempre ocupadas, sino un corazón que sabe escuchar.”

**7 de octubre de 2026 – Miércoles, 27.ª Semana del
Tiempo Ordinario: (Nuestra Señora del Rosario)**

Gal 2,1–2.7–14; Lc 11,1–4

*Del contemplar al abandono: aprender a orar con María y
con Jesús.*

INTRODUCCIÓN

Una joven madre compartió una vez que el momento más tranquilo de su día llegaba cuando mecía a su bebé hasta que se dormía. En aquella suave quietud, rezaba lentamente el Rosario, cuenta tras cuenta, hasta que sus preocupaciones daban paso a la paz. Comprendió que la oración no consiste solamente en hablar con Dios, sino también en aprender a escucharlo.

Hoy, en la Memoria de Nuestra Señora del Rosario, la Iglesia nos invita a entrar en ese mismo ritmo sereno de oración. María nos enseña a contemplar los misterios de Cristo con paciencia y amor, permitiendo que la Palabra de Dios eche raíces en nuestro interior. Por medio de su ejemplo, la oración deja de ser simplemente un deber para convertirse en una relación de confianza.

En el Evangelio, los discípulos le piden a Jesús: «Señor, enséñanos a orar». En lo más profundo de cada corazón humano existe ese mismo deseo: aprender a orar no solamente con los labios, sino también con la vida. Jesús responde enseñándonos a poner al Padre en primer lugar, a confiar en su Reino y a abandonarnos a su amorosa voluntad.

Sin embargo, con frecuencia nuestra oración se vuelve limitada y centrada en nosotros mismos, moldeada más por nuestros temores y exigencias que por la confianza en la misericordia de Dios. Por eso, al prepararnos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor que enseñe a nuestro corazón a orar con la confianza de María y el abandono de Cristo.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos enseñas a llamar a Dios nuestro Padre amoroso y a confiar en su santa voluntad:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos invitas a salir del miedo y de la preocupación por nosotros mismos para entrar en la inmensa misericordia de Dios: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, por medio del ejemplo de María, nos enseñas a contemplar tus misterios y a entregar nuestra vida a tu Reino: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que con paciencia nos enseña a orar con un corazón confiado y nos forma mediante los misterios de Cristo, perdone nuestros pecados, sane la estrechez de nuestro corazón y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos diste a la Santísima Virgen María como guía fiel para contemplar los misterios de tu Hijo, concédenos, te rogamos, que, mediante una oración formada por la confianza y el

abandono, seamos transformados cada vez más a imagen de Cristo y aprendamos a buscar por encima de todo la venida de tu Reino.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de una anciana religiosa que cada tarde se sentaba unos minutos en silencio delante del Santísimo Sacramento. Una joven novicia le preguntó un día: «Madre, ¿qué le dice usted al Señor durante tanto tiempo?». Ella respondió: «A veces le hablo, pero la mayor parte del tiempo simplemente estoy con Él. Lo escucho y dejo que Él me mire con amor». Era una respuesta sencilla, pero encerraba una gran verdad: la oración no consiste solamente en hablar; consiste también en estar presentes y abiertos a Dios.

En el Evangelio de hoy, los discípulos ven a Jesús orando y se sienten impulsados a pedirle: «Señor, enséñanos a

orar». Ellos reconocen que la oración es algo que debe aprenderse, algo que debe recibirse como un don. Jesús les responde entregándoles el «Padre Nuestro», una oración que comienza no con nuestras necesidades, sino con Dios: «Santificado sea tu Nombre, venga tu Reino». Antes que cualquier otra cosa, somos invitados a dejar que Dios sea Dios.

Esto contrasta profundamente con la actitud que a veces llevamos a nuestra oración. Como Jonás en la primera lectura, podemos acercarnos a Dios con nuestras propias expectativas y exigencias, deseando que Dios piense y actúe como nosotros. Jonás no podía aceptar que Dios mostrara misericordia a sus enemigos. Su oración era sincera, pero limitada, moldeada más por su propio corazón que por el corazón de Dios.

La oración que Jesús nos enseña nos conduce en una dirección diferente. Nos invita al abandono confiado, a creer que la voluntad de Dios es más grande que la nuestra. Solo después de poner a Dios en primer lugar presentamos nuestras necesidades: el pan de cada día, el

perdón y la fuerza frente a la tentación. Incluso estas peticiones están marcadas por la confianza y no por el deseo de controlar.

Aquí es donde la fiesta de Nuestra Señora del Rosario nos habla con tanta belleza. María es aquella que meditó los misterios de Dios y permitió que ellos moldearan su vida. Cuando dijo: «Hágase en mí según tu palabra», encarnó el verdadero espíritu del Padre Nuestro. Su vida fue un «sí» permanente al Reino de Dios.

Cuando rezamos el Rosario, entramos en ese mismo movimiento: del contemplar al abandono. Meditamos la vida de Cristo no como observadores distantes, sino como discípulos que permiten que esos misterios los transformen. Como María, aprendemos a guardar en el corazón lo que Dios realiza y a entregarnos plenamente a su obra.

La oración, por tanto, no consiste en cambiar la voluntad de Dios, sino en permitir que Dios cambie nuestro corazón. Nos enseña a desear lo que Él desea, a confiar en lo que está realizando, incluso cuando ello nos desafía

y nos hace crecer. Es una transformación gradual, muchas veces silenciosa y escondida, como el ritmo constante de las cuentas del Rosario que pasan entre nuestros dedos. Por eso, la sencilla petición de los discípulos se convierte también en la nuestra: «Señor, enséñanos a orar». Enséñanos a orar con la confianza de los hijos, con el abandono de María y con la apertura de corazón del mismo Jesús. Enséñanos a pasar de nuestras preocupaciones limitadas a la inmensa misericordia de Dios.

Se cuenta también la historia de un hombre que llevó un Rosario en el bolsillo durante muchos años, pero casi nunca lo utilizaba. Un día, en medio de una profunda crisis, comenzó a rezarlo lentamente. Más tarde comentó: «No me di cuenta en aquel momento, pero la oración me estaba transformando a mí más de lo que yo la estaba rezando». Ese es el milagro silencioso de la oración: nos transforma desde dentro y nos conduce suavemente, cuenta tras cuenta, al corazón de Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar, coloquemos también delante de Dios nuestros corazones, aprendiendo con María a entregarnos completamente, para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, al ofrecer estos dones en memoria de la Santísima Virgen María, enséñanos, por medio de este santo sacrificio, a buscar no nuestra voluntad, sino la tuya, y a dejarnos formar por los misterios de Cristo, a quien contemplamos con fe y amor.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque concediste a la Santísima Virgen María

un corazón atento a tu Palabra
y fielmente entregado a tu plan de salvación.
Ella meditó con amor los misterios de su Hijo
y se convirtió en modelo de todos los que te buscan en la
oración.

Por medio del humilde ritmo del Rosario,
atraes a tu pueblo cada vez más profundamente
al misterio de la vida, muerte y resurrección de Cristo,
enseñándonos a confiar en tu misericordia
y a desear por encima de todo la venida de tu Reino.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, oremos con la confianza de los hijos,
con el abandono de María y con un corazón abierto que
busca por encima de todo el Reino de Dios:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y libéranos de la estrechez de corazón
que nos impide confiar plenamente en tu misericordia.
Por la intercesión de la Santísima Virgen María,
enséñanos a abandonarnos más completamente a tu
voluntad y a esperar con gozosa esperanza
la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú enseñaste a tus discípulos a orar con un corazón
confiado
y revelaste la misericordia del Padre a todos los pueblos.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad
conforme a tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, este es Aquel que nos enseña a confiar plenamente en el Padre y a abandonarnos a su voluntad. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La oración nos transforma silenciosamente, muchas veces sin que lo notemos. Como las cuentas del Rosario que pasan suavemente entre nuestros dedos, los misterios de Cristo van moldeando poco a poco nuestro corazón. En esta Eucaristía, el Señor nos ha atraído más profundamente a su propia vida. Que María nos enseñe a valorar su presencia, a confiar en su misericordia y a entregarnos cada día a la voluntad del Padre.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Sacramento de la salvación, te rogamos humildemente, Señor, que, por la amorosa intercesión de la Santísima Virgen María, nos enseñes a perseverar en la oración, a contemplar profundamente los misterios de Cristo y a entregar nuestra vida cada vez más plenamente a tu voluntad salvadora. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y enseñe a sus corazones a orar con confianza y perseverancia. Amén.

Que la Santísima Virgen María los ayude a contemplar los misterios de Cristo y a entregarse con alegría a la voluntad de Dios. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida moldeada por la oración, la confianza y el abandono en Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La oración no consiste en cambiar la voluntad de Dios, sino en permitir que Dios transforme nuestro corazón. Como María, aprendemos —cuenta tras cuenta, día tras día— a pasar de la contemplación al abandono confiado en sus manos.

**8 de octubre de 2026 – Jueves de la 27.^a Semana del
Tiempo Ordinario**

Gal 3,1–5; Lc 11,5–13

INTRODUCCIÓN

Durante una fuerte sequía, los habitantes de un pequeño pueblo se reunían cada tarde para pedir a Dios el don de la lluvia. Durante semanas no ocurrió nada. Entonces, una tarde, un niño llegó llevando un paraguas. Mientras los demás rezaban con cierta incertidumbre, él había venido esperando que Dios respondiera. La sencilla confianza de aquel niño reveló lo que muchos adultos habían olvidado: la verdadera oración es confiada y perseverante.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos enseña que la oración no es una petición aislada que se olvida rápidamente, sino una relación continua con el Padre. “Pidan... busquen... llamen.” Estas palabras nos invitan a permanecer fieles incluso cuando las respuestas parecen tardar.

Jesús también nos recuerda que el mayor don de Dios no es solamente la solución de nuestros problemas, sino el Espíritu Santo: la presencia divina que nos fortalece, nos

guía y nos transforma desde dentro. La oración perseverante abre poco a poco nuestro corazón para recibir este don.

Sin embargo, hay momentos en los que nos desanimamos en la oración, momentos en los que la duda reemplaza a la confianza y la impaciencia debilita nuestra fe. Por eso, reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor que renueve en nosotros un espíritu perseverante y confiado.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú nos enseñas a pedir con confianza y a confiar en la bondad del Padre: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos das el Espíritu Santo para fortalecernos cuando nuestra fe se debilita:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nunca te cansas de escuchar las oraciones de tu pueblo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, fortalezca nuestro corazón en la oración perseverante, nos llene con la gracia del Espíritu Santo y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que invitas a tus hijos
a pedir, buscar y llamar con fe perseverante,
concédenos que, por el don del Espíritu Santo,
crezcamos en confianza, paciencia y seguridad en tu
amorosa providencia,
y permanezcamos firmes en la oración en medio de todas
las incertidumbres de la vida.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Un anciano sacristán contaba la historia de una mujer que acudía todos los días a la iglesia antes de comenzar su trabajo. No permanecía mucho tiempo. Entraba, se arrodillaba unos minutos y luego se marchaba. Un día alguien le preguntó qué decía en aquellas breves visitas. Ella respondió: “Le digo al Señor: ‘Aquí estoy, ayúdame a caminar contigo hoy’. Y eso me basta”. Aquella sencilla fidelidad expresa algo muy profundo sobre el Evangelio de hoy.

Jesús nos habla de un hombre que llama a la puerta de su amigo a medianoche y de un hijo que pide alimento a su padre. Ambas imágenes provienen de la vida cotidiana, pero revelan algo extraordinario acerca de Dios. Si incluso las relaciones humanas pueden estar marcadas por la generosidad y el cuidado, cuánto más podemos confiar en Dios.

“Pidan... busquen... llamen.” En el idioma original, estos verbos expresan una acción continua: sigan pidiendo, sigan buscando, sigan llamando. Jesús no nos invita a una

oración ocasional, sino a una relación perseverante. No porque Dios sea reacio a escucharnos, sino porque la oración va moldeando nuestro corazón para recibir aquello que Dios siempre está dispuesto a dar.

Con frecuencia nos acercamos a la oración como un medio para obtener lo que deseamos. Y no hay nada malo en presentar nuestras necesidades ante Dios. La oración de petición es profundamente humana y profundamente bíblica. Como recuerda san Pablo a los gálatas en la primera lectura de hoy, no recibimos los dones de Dios por nuestros propios esfuerzos, sino por la fe. La oración es una expresión de esa fe, un reconocimiento de que necesitamos a Dios.

Sin embargo, Jesús orienta suavemente nuestra mirada hacia algo más profundo. Al final del Evangelio nos dice qué debemos pedir por encima de todo: el Espíritu Santo. Esto resulta sorprendente. Podríamos esperar que hablara de salud, éxito o soluciones inmediatas para nuestros problemas. En cambio, nos señala al Espíritu, la misma vida de Dios actuando dentro de nosotros.

¿Y por qué? Porque el Espíritu Santo es el don que transforma todo lo demás. El Espíritu nos da fortaleza cuando las respuestas parecen demorarse, paz cuando las circunstancias siguen siendo difíciles y sabiduría para reconocer la presencia de Dios incluso en medio de la incertidumbre. El Espíritu no siempre cambia inmediatamente nuestra situación, pero sí nos transforma dentro de ella.

También encontramos aquí un desafío silencioso. Si somos sinceros, a veces nos rendimos demasiado pronto en la oración. Llamamos una o dos veces a la puerta y, cuando no se abre como esperábamos, nos alejamos. Pero Jesús nos invita a permanecer, a seguir llamando, no porque Dios esté ausente, sino porque algo más profundo se está formando dentro de nosotros.

Y quizás ahí se encuentra la gracia escondida: la oración perseverante va alineando poco a poco nuestros deseos con los deseos de Dios. Comenzamos pidiendo muchas cosas, pero con el tiempo aprendemos a pedir lo que verdaderamente importa. Como un niño que confía en su padre, crecemos en la certeza de que Dios da lo que es

bueno, aunque no siempre coincida con lo que habíamos imaginado.

Una última historia. Un hombre pasó muchos años rezando por una intención particular que parecía no recibir respuesta. Frustrado, un día le dijo a un amigo sabio: “Dios nunca me concedió lo que le pedí”. El amigo le respondió: “Tal vez no. Pero ¿en quién te has convertido mientras lo pedías?”. El hombre guardó silencio y comprendió que, durante aquellos años de oración, había crecido en paciencia, compasión y confianza. De maneras que no había percibido, Dios ya le había respondido.

Esa es la promesa del Evangelio de hoy. Cuando seguimos pidiendo, buscando y llamando, Dios responde. No siempre de la manera que esperamos, pero siempre dándonos lo que más necesitamos: su Espíritu, su presencia, su vida dentro de nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, ofrecido con corazones confiados y perseverantes, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que colocamos sobre tu altar y, por medio de esta sagrada ofrenda, enséñanos a buscar por encima de todo el don de tu Espíritu Santo, para que nuestra oración sea cada vez más fiel y nuestra vida se conforme plenamente a tu voluntad. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque nunca dejas de cuidar a tus hijos ni de escuchar las oraciones de quienes te invocan con fe. En tu Hijo Jesucristo nos has mostrado el camino de la oración confiada, enseñándonos a pedir, buscar y llamar con perseverancia. No abandonas a tu pueblo en sus necesidades,

sino que derramas generosamente sobre él el Espíritu Santo, que fortalece a los débiles, consuela a los cansados y transforma los corazones según tu voluntad. Por eso, unidos a los ángeles y a los santos, te alabamos sin cesar, diciendo: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con confianza al Padre que nunca deja de escuchar a sus hijos:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y sostennos con bondad cuando la oración se vuelva difícil o nuestro corazón se sienta cansado, para que, ayudados por tu misericordia, podamos continuar pidiendo, buscando y llamando con fe confiada, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
Tú nos enseñaste a confiar en la bondad del Padre y a perseverar en la oración sin desanimarnos;
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad según tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos fortalece con el don de su Espíritu y nos enseña a confiar sin cesar. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, con frecuencia acudimos a Ti pidiéndote muchas cosas, pero en esta Eucaristía nos recuerdas que tu mayor don es tu misma presencia dentro de nosotros.

Enséñanos a permanecer fieles en la oración,
especialmente cuando las respuestas parecen demorarse.
Forma nuestro corazón mediante la espera, la confianza y
la búsqueda, hasta que nuestro deseo más profundo sea
simplemente vivir en tu Espíritu.

Que esta Comunión nos fortalezca
para seguir pidiendo, seguir buscando y seguir llamando,
con la serena confianza de los hijos
que saben que son amados por su Padre.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la recepción de este santo Sacramento, Señor,
nos fortalezca en la oración perseverante
y nos llene con la gracia del Espíritu Santo,
para que, confiando siempre en tu amor paternal,
caminemos fielmente por el sendero de Cristo.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con una fe perseverante,
les enseñe a confiar en Él en toda circunstancia
y llene sus corazones con el don de su Espíritu Santo.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida
arraigada en la oración confiada y perseverante.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La oración perseverante no solamente cambia nuestras
circunstancias; también transforma gradualmente nuestro
corazón, abriéndonos al mayor don que Dios desea
concedernos: el Espíritu Santo.

9 de octubre de 2026 – Viernes de la 27.ª Semana del Tiempo Ordinario

Gal 3,7–14; Lc 11,15–26

Aprender a reconocer el dedo de Dios

INTRODUCCIÓN

Había una vez un niño al que le mostraron una hermosa pintura. Al principio solo veía confusión: colores dispersos sin ningún significado aparente. Pero cuando dio unos pasos hacia atrás y la observó con más atención, comenzó a descubrir formas, rostros y una historia escondida. Lo que al principio parecía caótico fue revelando poco a poco toda su belleza.

También nosotros podemos mirar la vida con demasiada rapidez. Juzgamos a las personas por las apariencias, interpretamos las situaciones apresuradamente y, a veces, no logramos notar las discretas señales de bondad y gracia que nos rodean. Con frecuencia, el dedo de Dios está presente de maneras sencillas, ocultas y fáciles de pasar por alto.

En el Evangelio de hoy, Jesús sana a un hombre y le

devuelve el habla; sin embargo, algunos lo acusan de actuar por el poder del mal. Son testigos de una obra buena, pero se niegan a reconocer su verdadera fuente. Sus corazones se han cerrado a la presencia de Dios que ya está actuando entre ellos.

Al reunirnos alrededor de este altar, pidamos al Señor que sane nuestra manera de ver cuando hemos juzgado con dureza, despreciado la bondad o dejado de reconocer su presencia en los demás y en nuestra vida cotidiana. Y así, nos preparamos para celebrar estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú revelas el dedo de Dios en las obras de misericordia y compasión: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú abres nuestros ojos para reconocer la bondad y la gracia en los demás: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a confiar en tu Reino que ya está actuando entre nosotros: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos sido ciegos a su gracia, lentos para reconocer la bondad y rápidos para juzgar a los demás, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuya mano amorosa actúa silenciosamente en cada época, abre los ojos de nuestro corazón para reconocer los signos de tu Reino entre nosotros. Líbranos de los juicios estrechos y de los corazones endurecidos, para que podamos alegrarnos por la bondad que siembras en el mundo y permanecer fieles a tu verdad incluso cuando seamos incomprendidos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre contó una vez que tenía un vecino con quien le resultaba muy difícil relacionarse. Lo consideraba frío, distante y poco amable. Con el tiempo, terminó etiquetándolo interiormente como una persona imposible de tratar. Sin embargo, un día descubrió que aquel vecino dedicaba gran parte de su tiempo a cuidar a su esposa gravemente enferma y que llevaba años haciéndolo con gran sacrificio. De repente, todo cambió. Lo que antes había juzgado con dureza apareció bajo una luz completamente distinta.

En el Evangelio de hoy ocurre algo parecido, aunque mucho más profundo. Jesús sana a un hombre que no podía hablar. Es una obra de restauración, de compasión y de poder que da vida. Pero, en lugar de alegrarse, algunos lo acusan de actuar por medio de Beelzebul, el príncipe de los demonios. No niegan el bien realizado; niegan su origen. Ven la luz, pero insisten en llamarla oscuridad.

Esto no es simplemente un malentendido; es una profunda deformación de la mirada. Llamar malo a lo que es bueno es quizás una de las formas más graves de ceguera espiritual. Jesús responde con firmeza: «Si yo expulso los demonios por el dedo de Dios, entonces el Reino de Dios ha llegado a ustedes». En otras palabras, lo que están contemplando es el reinado de Dios irrumpiendo en sus vidas, si tan solo tuvieran ojos para verlo.

Podríamos preguntarnos cómo alguien puede cometer un error semejante. Sin embargo, el Evangelio nos sugiere que esa tendencia habita también en cada uno de nosotros. Podemos ser rápidos para juzgar, rápidos para etiquetar y rápidos para sospechar lo peor. Como en la imagen que Jesús utiliza en otra ocasión, vemos la paja en el ojo ajeno mientras ignoramos la viga que está en el nuestro.

San Pablo, en la primera lectura, nos recuerda que quienes tienen fe son hijos de Abraham y están llamados a confiar en la promesa de Dios más que en juicios humanos limitados. La fe abre nuestros ojos; nos enseña a

mirar más allá de las apariencias y a reconocer la acción de Dios en lugares inesperados.

Por eso, el Evangelio nos invita a estar atentos a lo que Jesús llama «el dedo de Dios». Esta presencia divina no siempre se manifiesta en signos espectaculares o extraordinarios. Con mucha más frecuencia se revela en actos sencillos de bondad, en el perdón ofrecido, en la paciencia demostrada y en la presencia discreta de alguien que sabe escuchar y acompañar.

Pero si no estamos atentos, podemos pasarla por alto. Peor aún, podemos llegar a rechazarla. Una visión pesimista de la vida, que siempre espera lo peor, puede cegarnos ante la gracia. Cuando nos concentramos constantemente en lo que está mal, perdemos la capacidad de reconocer lo que está bien.

Jesús, en cambio, ve de otra manera. Siempre está atento a los más pequeños signos de bondad en los demás. Incluso en quienes se sienten indignos o pecadores, él reconoce los primeros brotes de la gracia. Nos llama a compartir esa misma mirada generosa, a ser personas que

descubren y alimentan el bien en lugar de condenar y descartar.

También encontramos aquí una enseñanza sobre la fidelidad. Jesús fue incomprendido e incluso acusado injustamente, pero nunca abandonó su misión.

Permaneció firme, confiando en el Padre. A veces, hacer lo correcto puede traer incomprendiones también a nuestra propia vida. El Evangelio nos anima a no desanimarnos, sino a permanecer fieles.

Una mujer decidió plantar un pequeño jardín en un terreno abandonado y descuidado de su barrio. Al principio, muchas personas se burlaban de ella. «Nada crecerá allí», le decían. Pero ella perseveró: regó, cuidó y siguió creyendo. Meses después, las flores comenzaron a florecer. Lo que otros habían considerado un lugar estéril se convirtió en un espacio lleno de belleza. Quienes antes la criticaban ahora se detenían para admirarlo.

Eso es reconocer el dedo de Dios: ver posibilidades donde otros no ven nada, descubrir la gracia donde otros solo ven fracaso y confiar en que Dios está obrando

silenciosamente incluso cuando no resulta evidente. Y cuando aprendemos a mirar de esta manera, comenzamos no solo a reconocer la presencia de Dios, sino también a reflejarla en nuestra propia vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, aprendiendo a reconocer la obra silenciosa de Dios en nuestras vidas y ofreciéndole corazones abiertos a la gracia y a la bondad, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estos dones que colocamos sobre tu altar y purifica nuestros corazones de toda ceguera y de todo juicio severo.

Que esta ofrenda nos ayude a reconocer tu presencia en los momentos ordinarios de la vida y nos fortalezca para permanecer fieles a tu voluntad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo, Jesucristo, revelaste la cercanía de tu Reino mediante obras de misericordia, sanación y compasión.

Cuando los corazones estaban endurecidos y los ojos se negaban a ver, él continuó proclamando tu verdad con paciencia y fidelidad, mostrando que tu poder se manifiesta no por la fuerza, sino por el amor que restaura y da vida.

Por medio de él nos enseñas a reconocer tu mano actuando en silenciosos actos de bondad, en el perdón ofrecido, en la amabilidad compartida y en la esperanza que persevera incluso en medio de la incompreensión.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre que abre nuestros ojos para reconocer su Reino ya presente entre nosotros:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente de la ceguera que nos impide reconocer tu gracia actuando en nuestra vida y en la de los demás.

Concédenos corazones que confíen en tu bondad y permanezcan firmes en la fe, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú revelaste el dedo de Dios mediante la misericordia, la sanación y la reconciliación.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que abre nuestros ojos a la presencia de Dios entre nosotros
y nos llama a confiar en su amor salvador.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tú continúas obrando silenciosamente en
nuestra vida, muchas veces de formas que no reconocemos
de inmediato.

Enséñanos a ver con ojos de fe, a descubrir la bondad,
acoger la gracia y confiar en que tu Reino está cerca.

Que esta Eucaristía nos convierta en personas que reflejen
tu compasión y manifiesten tu presencia a los demás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Dios todopoderoso, que, fortalecidos por este
sacramento celestial, crezcamos en sabiduría y caridad,
aprendiendo a reconocer tu amorosa presencia en nuestra
vida diaria y convirtiéndonos en testigos fieles de tu Reino.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor abra sus ojos para reconocer su presencia
en los momentos ordinarios de la vida. Amén.

Que libere sus corazones de todo juicio severo y
profundice su confianza en su bondad. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al reconocer y
cultivar el bien allí donde la gracia de Dios está actuando.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe nos enseña a mirar de manera diferente: no con
sospecha ni dureza, sino con corazones atentos a los
silenciosos signos de la gracia de Dios que ya está
obrando a nuestro alrededor.

**10 de octubre de 2026 – Sábado de la 27.^a Semana del
Tiempo Ordinario**

Gál 3,22–29; Lc 11,27–28

*«Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la
cumplen.»*

INTRODUCCIÓN

Había una vez un joven aprendiz que trabajaba con un maestro artesano. Cada día, el maestro le explicaba cuidadosamente qué debía hacerse y cómo debía hacerse. El aprendiz escuchaba atentamente y asentía con la cabeza, pero muchas veces el trabajo quedaba sin terminar o estaba mal hecho. Finalmente, el maestro le dijo: «Has oído mis palabras, pero no has escuchado de verdad, porque no las pusiste en práctica».

Conocemos esa experiencia en nuestra propia vida. Cada día muchas voces llenan nuestros oídos, pero solo unas pocas llegan realmente a transformar nuestro corazón. La verdadera escucha siempre conduce a una respuesta. Las palabras que permanecen solo en la mente nunca dan fruto.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos enseña dónde se encuentra la verdadera dicha: no simplemente en escuchar la Palabra de Dios, sino en cumplirla. María misma fue bendita porque escuchó con fe y permitió que la Palabra de Dios echara raíces en su vida.

Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, pidamos perdón por las veces en que hemos admirado el Evangelio sin vivirlo, hemos escuchado la Palabra de Dios sin obedecerla y hemos cerrado nuestro corazón al poder transformador de su voz.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a escuchar la Palabra de Dios con corazones atentos: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas que la verdadera dicha proviene de cumplir tu Palabra: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos das a María como modelo de escucha fiel y obediencia: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos escuchado sin responder, hemos oído su Palabra sin permitir que transforme nuestra vida y hemos dejado de vivir como discípulos fieles; y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos enseñas que la verdadera dicha se encuentra en escuchar tu Palabra y cumplirla fielmente, concédenos corazones que escuchen con confianza y vidas que den fruto mediante una obediencia amorosa, para que, siguiendo el ejemplo de la Santísima Virgen María, lleguemos a ser discípulos formados por tu verdad y tu gracia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un jardinero anciano que enseñaba a su nieto cómo cultivar un huerto. Le explicaba cuándo sembrar, cómo regar y de qué manera cuidar las plantas jóvenes. El muchacho escuchaba con interés y seguía cada consejo. Meses después, el huerto estaba lleno de verduras sanas y flores hermosas. Un vecino, que también había escuchado las mismas indicaciones, decidió ignorar varias de ellas y hacer las cosas a su manera. Su jardín produjo muy poco. La diferencia no estuvo en haber escuchado las instrucciones, sino en haberlas puesto en práctica.

En el Evangelio de hoy, una mujer de entre la multitud queda tan impresionada por Jesús que exclama: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!». Es una expresión espontánea y sincera de admiración. Ella reconoce que una persona tan extraordinaria debió venir de una madre bendita. Jesús no rechaza sus palabras. Más bien, les da una dimensión más profunda: «Dichosos más bien los que

escuchan la Palabra de Dios y la cumplen». Con esta respuesta, Jesús desplaza la atención de una relación biológica única hacia una llamada espiritual universal. María, por supuesto, sigue siendo verdaderamente bendita. Pero su bendición más profunda no proviene solamente de haber sido la Madre de Jesús. Proviene de algo aún más fundamental: su apertura a la Palabra de Dios. Cuando el ángel le habló, ella no se limitó a escuchar; respondió: «Hágase en mí según tu palabra». Toda su vida se convirtió en un eco de ese «sí».

De esta manera, María no es solamente la Madre de Jesús; también es la discípula perfecta. Ella nos muestra lo que significa escuchar y cumplir verdaderamente la Palabra de Dios. Escuchó, meditó y permitió que esa Palabra modelara toda su existencia.

Aquí es donde el Evangelio se encuentra con nosotros. Quizás no estemos llamados a desempeñar el papel único de María, pero todos estamos invitados a vivir como ella. La bienaventuranza proclamada por Jesús no está reservada para unos pocos; está abierta a todos.

Cualquiera que escucha la Palabra de Dios y la cumple participa de esa misma dicha.

La primera lectura nos recuerda que, en Cristo, desaparecen todas las divisiones. «Todos ustedes son uno en Cristo Jesús». La invitación a escuchar y cumplir la Palabra de Dios se ofrece por igual a todos, sin importar el origen, la condición social o la función que desempeñen. La santidad no consiste en privilegios, sino en la respuesta que damos a Dios.

Pero cumplir la Palabra de Dios no siempre es fácil. Requiere paciencia, confianza y, muchas veces, sacrificio. Significa permitir que la voz de Dios cuestione nuestros hábitos y reordene nuestras prioridades. Nos pide no solo admirar el Evangelio, sino vivirlo, especialmente cuando resulta exigente o incómodo.

Hay una historia final sobre un hombre que llevaba una pequeña Biblia consigo a todas partes. Conocía muchos pasajes de memoria y hablaba frecuentemente de ellos. Un día, un amigo le preguntó: «De todas esas palabras que conoces, ¿cuál ha cambiado más tu vida?». El

hombre guardó silencio por un momento y respondió:

«Aquellas que realmente intenté vivir».

Y esa es la verdad serena que se encuentra en el corazón del Evangelio de hoy. La verdadera dicha no se encuentra únicamente en escuchar, sino en permitir que lo que escuchamos tome cuerpo en nuestra vida. Como María, estamos llamados no solo a recibir la Palabra, sino a convertirnos en personas transformadas por ella, para que en nosotros la Palabra siga viviendo y dando fruto.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con corazones dispuestos a escuchar y cumplir la Palabra de Dios, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe los dones que colocamos sobre tu altar y, por medio de esta sagrada ofrenda, enséñanos a vivir lo que profesamos con nuestros labios, para que tu Palabra produzca frutos duraderos en nuestra vida. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque, en tu misericordia, diriges tu Palabra a tu pueblo,
llamándonos de las tinieblas a la luz de la fe.

En la Santísima Virgen María manifestaste la respuesta perfecta de un corazón que escucha,
pues ella acogió tu Palabra con confianza
y la guardó con amor inquebrantable.

En tu Hijo, Jesucristo, invitas a todos los hombres y mujeres a participar de la dicha del discipulado,
enseñándonos que la santidad se encuentra no solamente en escuchar tu voz,
sino en permitir que tu Palabra transforme nuestra vida.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y formados por la divina Palabra que nos llama a una vida de fidelidad, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y libéranos de la dureza de corazón que nos impide escuchar tu voz.

Haz que tu Palabra eche raíces en nosotros y guíe nuestros pensamientos, nuestras decisiones y nuestras acciones, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que la verdadera dicha pertenece a quienes escuchan la Palabra de Dios y la cumplen. No mires nuestros fallos ni nuestras distracciones, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos llama no solo a escuchar su Palabra, sino también a vivir conforme a ella.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, tu Palabra nos ha sido anunciada y tu Cuerpo nos ha sido entregado. Enséñanos ahora a llevar a la vida diaria lo que hemos recibido. Como María, que guardemos tu Palabra en nuestro corazón, que permitamos que oriente nuestras decisiones y que produzca frutos mediante obras de fe, paciencia y amor. Que nuestra vida se convierta en una respuesta viva a tu gracia.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, te rogamos humildemente, Señor, que por la gracia de esta Eucaristía sepamos cumplir fielmente la Palabra que hemos escuchado y lleguemos a configurarnos cada vez más con Cristo, tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones atentos a su Palabra, con fortaleza para vivir lo que han escuchado y con la gracia de seguir el ejemplo de María en una obediencia fiel.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida y viviendo su Palabra cada día.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La verdadera dicha comienza cuando la Palabra de Dios pasa de nuestros oídos a nuestra vida.»